

**PASTOR'S CORNER** | **REFLEXIÓN DEL PASTOR****REV. ANTHONY GENEROSE**  
PASTOR

Saint Paul's words to the Christians of Rome give us consolation and courage. Consolation because we have been reconciled to God. Courage because we have been saved.

Consolation settles in our very being because we now "see eye to eye" with God. That's what reconciliation means: to see eye to eye. One of the first indications that we are on the outs with someone is the fact that we cannot look the other in the eye. Take the child who has been caught in some transgression of trust with mom and dad. Perhaps the child picked a fight with another child or sibling and is unable to stand the responsibility of his or her actions. Maybe he or she took something that didn't belong to the child and got caught. The child deflects blame by pointing a finger at another and along with the pointing finger, the eyes of the lying child go toward the unjustly accused. Well, there will be consequences for the child if the parents are godly people. But the child will be no less loved by the parents. A just punishment delivered in love builds character. And parents and child now "see eye to eye." They are reconciled.

That's how it is between us and God. Only one thing differs in comparison. We did not suffer the just punishment for our wrongdoing. God did in the person of Jesus of Nazareth. "Christ...died at the appointed time for the ungodly...God proves his love for us in that while we were still sinners Christ died for us." Paul reminds us. Jesus' death on the cross was expiation for our sins.

The punishment for our sins delivered up to Jesus "saved us" as "we were saved from the wrath." The notion that we now see eye to eye with God without having to suffer the consequences of our sins is a tremendous consolation. For that reason, we are courageous. The truly contrite heart knows this because courage derived from consolation recognizes that God stooped down to look at us in the eye in Jesus dying on the cross. Sorrow, contrition and amendment of life flow from the grace of a good sacramental confession. However, fear, guilt and hopelessness always stand on the stoop of our inner most dwelling, the soul. They intend to block the gates of the heart to the flow of grace into the soul from a good confession. There is always a just punishment for our actions in the sacrament of confession. It's called penance. How slight the penalty. But how powerful the effect as it builds up Christian character.

**PASTOR'S CORNER** | **REFLEXIÓN DEL PASTOR****REV. ANTHONY GENEROSE**  
PASTOR

Las palabras de San Pablo a los cristianos de Roma nos dan consuelo y valor. Consuelo porque nos hemos reconciliado con Dios. Valor porque hemos sido salvados.

El consuelo se instala en lo más profundo de nuestro ser porque ahora “miramos a los ojos” a Dios. Eso es lo que significa la reconciliación: mirar a los ojos. Una de las primeras señales de que estamos en desacuerdo con alguien es el hecho de que no podemos mirarlo a los ojos. Tomemos como ejemplo a un niño que ha sido sorprendido cometiendo alguna transgresión de la confianza de mamá y papá. Quizás el niño se peleó con otro niño o con un hermano y no puede soportar la responsabilidad de sus actos. Tal vez tomó algo que no le pertenecía y fue descubierto. El niño desvía la culpa señalando con el dedo a otro y, junto con el dedo que señala, los ojos del niño mentiroso se dirigen hacia el acusado injustamente. Bueno, habrá consecuencias para el niño si los padres son personas piadosas. Pero el niño no será menos amado por los padres. Un castigo justo impartido con amor forja el carácter. Y los padres y el niño ahora “están de acuerdo”. Se han reconciliado.

Así es como es entre nosotros y Dios. Solo hay una diferencia en comparación. Nosotros no sufrimos el castigo justo por nuestras malas acciones. Dios lo hizo en la persona de Jesús de Nazaret. “Cristo... murió en el tiempo señalado por los impíos... Dios demuestra su amor por nosotros en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”, nos recuerda Pablo.

La muerte de Jesús en la cruz fue una expiación por nuestros pecados.

El castigo por nuestros pecados, que recayó sobre Jesús, “nos salvó”, ya que “fuimos salvados de la ira”. La idea de que ahora estamos cara a cara con Dios sin tener que sufrir las consecuencias de nuestros pecados es un consuelo tremendo. Por esa razón, somos valientes. El corazón verdaderamente contrito sabe esto porque el valor derivado del consuelo reconoce que Dios se inclinó para mirarnos a los ojos en Jesús muriendo en la cruz. El dolor, la contrición y la enmienda de vida brotan de la gracia de una buena confesión sacramental. Sin embargo, el miedo, la culpa y la desesperanza siempre se encuentran en el umbral de nuestra morada más íntima, el alma. Pretenden bloquear las puertas del corazón al flujo de la gracia hacia el alma a partir de una buena confesión. Siempre hay un castigo justo por nuestras acciones en el sacramento de la confesión. Se llama penitencia. Qué leve es la pena. Pero qué poderoso es el efecto, ya que fortalece el carácter cristiano.

**PASTOR'S CORNER** | **REFLEXIÓN DEL PASTOR****REV. RAFAEL O'FARRIL**  
ASSISTANT PASTOR

Nuestra Señora de la Paz – Junio 7, 2026

En medio de un mundo cansado, dividido y muchas veces herido por la indiferencia, la Palabra de Dios de este Domingo nos recuerda una verdad que jamás debemos olvidar: Dios no abandona a su pueblo; Dios sigue llamando, sanando y enviando.

La primera lectura presenta a Israel al pie del monte Sinaí. Dios no se revela primero como un juez severo, sino como un Padre que recuerda cuánto ha amado a su pueblo: “Los he llevado sobre alas de águila y los he traído a mí”. Antes de pedir fidelidad, Dios manifiesta amor. Antes de exigir, Dios rescata. También hoy vivimos en una sociedad que ha comenzado a creer que la vida se sostiene solamente por el esfuerzo humano, el éxito o el dinero. Pero el Señor nos recuerda que somos un pueblo escogido, llamado a vivir no como esclavos del miedo, del egoísmo o de las apariencias, sino como personas que pertenecen a Dios.

San Pablo, escribiendo a los Romanos, va todavía más lejos: Cristo no nos amó cuando éramos perfectos; nos amó cuando éramos frágiles, pecadores y necesitados de misericordia. Esta es una verdad profundamente sanadora para el corazón humano. Muchas personas viven agotadas interiormente, creyendo que tienen que merecer el amor de Dios o demostrar constantemente algo a los demás para sentirse valiosas. Pero la cruz nos enseña que Dios nos amó primero. No cuando lo merecíamos, sino cuando más necesitábamos ser rescatados.

El Evangelio nos muestra a Jesús mirando a la multitud con compasión, porque estaban “como ovejas sin pastor”. Qué actual es esta imagen. Vivimos rodeados de personas cansadas, confundidas, heridas emocionalmente, buscando sentido, atrapadas muchas veces entre el vacío espiritual y las falsas seguridades del mundo. Y ante esta realidad, Cristo no se queda observando desde lejos: llama, forma y envía discípulos. La Iglesia no está llamada a ser espectadora de las heridas del mundo, sino presencia viva de misericordia. Hoy Jesús sigue diciendo: “La cosecha es mucha”. Hace falta gente que ore, que sirva, que acompañe, que sane con la palabra, con la escucha, con la fe y con la cercanía. No basta criticar la oscuridad; el discípulo verdadero lleva luz. Preguntémonos entonces: ¿estoy viviendo como alguien elegido por Dios o como alguien perdido entre las voces del mundo? ¿Soy parte del problema o instrumento de sanación para otros? Cristo sigue mirando con compasión... y sigue llamando.

**PASTOR'S CORNER** | **REFLEXIÓN DEL PASTOR****REV. RAFAEL O'FARRIL**  
ASSISTANT PASTOR

Our Lady of Peace – June 7, 2026 In the midst of a weary, divided world, often wounded by indifference, this Sunday's Word of God reminds us of a truth we must never forget: God does not abandon his people; God continues to call, heal, and send. The first reading presents Israel at the foot of Mount Sinai. God does not reveal himself first as a severe judge, but as a Father who recalls how much he has loved his people: "I carried them on eagle's wings and brought them to myself." Before asking for fidelity, God shows love. Before demanding, God rescues. Today, too, we live in a society that has begun to believe that life is sustained solely by human effort, success, or money. But the Lord reminds us that we are a chosen people, called to live not as slaves to fear, selfishness, or appearances, but as people who belong to God. St. Paul, writing to the Romans, goes even further: Christ did not love us when we were perfect; he loved us when we were fragile, sinful, and in need of mercy. This is a profoundly healing truth for the human heart. Many people live with inner exhaustion, believing they have to earn God's love or constantly prove themselves to others in order to feel worthy. But the cross teaches us that God loved us first. Not when we deserved it, but when we most needed to be rescued. The Gospel shows us Jesus looking at the crowd with compassion, because they were "like sheep without a shepherd." How relevant this image is today. We live surrounded by people who are weary, confused, emotionally wounded, searching for meaning, and often caught between spiritual emptiness and the world's false assurances. And in the face of this reality, Christ does not stand by watching from afar: he calls, forms, and sends out disciples. The Church is not called to be a spectator of the world's wounds, but a living presence of mercy. Today Jesus continues to say: "The harvest is plentiful." We need people who pray, who serve, who accompany, who heal through the word, through listening, through faith, and through closeness. It is not enough to criticize the darkness; the true disciple brings light. Let us ask ourselves, then: Am I living as someone chosen by God or as someone lost among the voices of the world? Am I part of the problem or an instrument of healing for others? Christ continues to look upon us with compassion... and continues to call.